

# Si yo te contara...

Ud. opina



Ana Herreros



El murmullo cesa y los cuerpos comienzan a removerse en las sillas o en el suelo, molestos por un silencio al que no están acostumbrados, los ojos bien abiertos para no perderse nada de lo que va a ocurrir, los oídos atentos a las inflexiones de la voz de quien ha tomado la palabra y se dispone a comenzar su relato: "había una vez".

Esta situación bien podría darse en cualquiera de los lugares donde actualmente se congregan gentes dispuestas a seguir el hilo de una historia: en torno a la mesa de la cocina después de la cena, bajo un árbol en un parque, delante de estanterías repletas en una biblioteca, en el salón de actos de un colegio, el aula de un instituto o una universidad, la sala común de una cárcel, el rincón de un café, el escenario de un teatro... Algunos son espacios nuevos, donde antes no habían tenido cabida los cuentos, pero no importa la etiqueta del lugar, los cuentos se han abierto paso de puntillas, tejiendo y destejiendo historias, llegando con su levedad a todos los rincones, presentando imágenes de otros tiempos a esos ojos casi bizcos de tanto mensaje visual en una cultura donde una imagen vale más que mil palabras y ahora pendientes de los gestos cargados de sugerencias, susurrando historias de antaño, de ahora, de siempre a esos oídos llenos de ruidos y ahora dispuestos a dejarse atrapar por la voz y el silencio del narrador.

LA GENTE SE VUELVE MÁS DISPONIBLE



Esta historia comienza antes de la Historia (con mayúsculas), porque ni siquiera hacía falta que la humanidad supiera fijar su devenir por escrito para que la historia (con minúscula) hiciera su aparición, pues los pue-

blos "prehistóricos" ya sentían la necesidad, o quizá debiéramos decir "el placer", de hacer historia de su vida relatando, de una forma más o menos mítica, más o menos "real", lo que les acontecía, lo que les preocupaba...

Esta forma de hacer Historia, relatando, llenando de matices lo cotidiano —lo que luego Miguel de Unamuno llamaría la "intrahistoria": la historia de los que no aparecen en los libros de Historia—, por su levedad, no necesitaba de algo tan fijo como la escritura. Tenía la duración del relato, no necesitaba posteridades, y era nueva aunque fuese la misma porque cada vez que se contaba se actualizaba, se introducían nuevos guiños, se constituía en verdad en ese momento, no importaba si participaban seres maravillosos, o si los sucesos eran poco verosímiles.



Así lo sintieron el rapsoda Homero, sus versiones de la *Iliada* y la *Odisea* circulaban con el solo soporte de la palabra hablada antes de que fueran fijadas por la escritura,

o los anónimos recopiladores del *Popol Vuh*, o de los relatos galeses recogidos y agrupados bajo el título de *Mabinogion*, o los finlandeses de *El Kalevala*. Pasado un tiempo, las leyendas ganarán la partida a las epopeyas llenando de palabras los salones de las cortes y las plazas del occidente medieval: Tristán e Isolda, los relatos artúricos, las leyendas sobre el emperador Carlomagno, sobre el Cid Campeador. Aparecen en escena en este momento los primeros que harían una profesión de la actividad narradora: trovadores, juglares, goliárdicos y clérigos, que, viendo la aceptación popular de los juglares, también se echaron a las plazas a contar vidas de santos con la finalidad de que los fieles visitasen las tumbas que albergaban sus restos y así conseguir dineros para sus monasterios (habían salido al mercado las primeras guías de viajes, parlantes).

Todas estas historias que pululaban por las plazas medievales seguían luego vivas en los labios del pueblo, que las reinventaba con supresiones de lo que no interesaba al público casero y añadidos personales que realzaba lo que se quería transmitir, y se legaban como única herencia por estos siervos de la gleba —gente humilde a quien por no pertenecerle no le pertenecía ni su propia persona, pues formaban parte de la tierra y con ella podí-



an ser comprados y vendidos— a sus descendientes, quienes, siguiendo la tradición, tampoco poseían nada sino sus historias. Y transcurren los siglos hasta llegar a nuestros días, donde, junto con los narradores populares, que cuentan y cantan en forma de romances sus historias en cualquier pueblo, conviven estos juglares contemporáneos, que traen y llevan relatos en torno a la mesa de la cocina después de la cena, bajo un árbol en un parque, delante de estanterías repletas en una biblioteca, en el salón de actos de un colegio, el aula de un instituto o una universidad, la sala común de una cárcel, el rincón de un café, el escenario de un teatro...



Y es que los cuentos, la palabra hecha historia, eso que últimamente sólo servía para dormir a los niños, se está recuperando

para despertarlos, a ellos y a los adultos; despertarlos a la tolerancia, porque presentan otros mundos, otros pueblos, que también lloran y ríen, como nosotros; a la escucha, porque no se puede interrumpir la voz del narrador o de un personaje sin el riesgo de que alguna palabra tome otro rumbo y no llegue a nuestros oídos; a la espera, porque hay que respetar el tiempo del relato si se quiere saber cómo se resuelve, cómo acaba: no hay mandos a distancia para acelerar el relato o pasarlo hasta el final. Además, contar supone construir con palabras un mundo posible, pintar a la realidad nuevos colores, y en ese sentido nos encontramos ante una actividad transformadora, y, por qué no, revolucionaria.

Lo mismo que los trovadores y los juglares, igual que el pueblo, esas gentes sin nombres y apellidos que tan fecunda literatura popular de transmisión oral nos han legado, contamos oralmente, lo cual va más allá del modo de producción, el vocal. La oralidad permite, o más bien exige, que cada vez que se cuenta, aunque sea el mismo cuento, se puedan introducir modificaciones al cuento, que pueden depender del estado de ánimo del que cuenta, de las características de los interlocutores —se puede contar el mismo cuento a niños de 6 años y a adolescentes o a adultos cambiando las caracterización de los personajes, el tipo de lenguaje que utilizan o lo que se quiere transmitir con el cuento—, de esta forma el cuento se reinventa cada vez que se cuenta. Para que ello sea posible es fundamental que el cuento no se memorice palabra por palabra, sino que lo que se tenga en la memoria sean nuestras imágenes de la historia, así contar el cuento vendría a ser como pasar la película del cuento que el narrador tiene en su memoria y ponerles palabras a esas imágenes.

Esto de la oralidad también supone un cambio radical en la manera de concebir al espectador, al escuchador de cuentos: de sujeto pasivo cuya única función es escuchar,

pasa a ser un interlocutor, un sujeto activo que puede hasta modificar el decurso del relato —la agitación de los que escuchan en sus sillas, los bostezos mal contenidos, las caras de aburrimiento... nos pueden indicar que el cuento no está funcionando y podemos cambiar el tono de la voz, o hacer algún gesto exagerado que introduciría matices cómicos, o suprimir partes muy descriptivas para darle rapidez, o convertir un cuento tierno en paródico, o erótico.

Lo fundamental es concebir el acto de contar cuentos como una actividad comunicativa donde intervienen factores que no podemos obviar: el emisor, el que cuenta —siempre será más eficaz el cuento que uno quiere contar, que cualquier cuento, el primero que hemos encontrado; si a nosotros no nos dice nada un cuento, difícilmente vamos a poder comunicar algo con él—, el receptor, el que escucha —el tipo de cuento debe ser cuidadosamente elegido en función de la edad, intereses, competencia lingüística, etc., de quien va a escuchar ese cuento—, el contexto, la situación en que se cuenta —si estás contando en un cole y los niños llegan hasta allí en autobús, y además en tu cuento hay un autobús, o puedes hacer que un personaje vaya en autobús, el cuento será más eficaz si describes el autobús de tu cuento como ese autobús que los niños conocen, también se pueden introducir en el cuento situaciones que se produzcan en el lugar donde se cuenta: un profesor que entra en el aula y distrae la atención, o ruidos—, el código, las palabras con que se cuenta —el registro lingüístico ha de ser adecuado, porque, como la comunicación oral es inmediata, no se puede parar al que cuenta para ir a buscar al diccionario una palabra que no se ha entendido, y, si el que escucha pierde el hilo del relato, difícilmente podrá seguir la historia—, el canal, el medio físico donde se cuenta —es necesario que el cuento se escuche, para ello, hay que hablar con un tono de voz audible, sin prisas y vocalizando lo mejor posible—, el mensaje, qué se quiere transmitir con el cuento —todos los cuentos tienen “valores” y es conveniente hacer un análisis previo para descubrirlos, porque podría suceder que estemos transmitiendo valores opuestos a los que pretendíamos—. Porque de lo que se trata es de establecer una actividad comunicativa, de interrelación, donde exista la posibilidad de intercambio, y, por tanto, de crecimiento.

Los rostros van pasando de la expectación a la placidez, los ojos brillan llenos de imágenes que difícilmente se borrarán porque son las de cada uno, convocadas por la magia de la palabra, en los oídos comienzan a germinar las semillas depositadas que, con el tiempo, florecerán en nuevos cuentos, cuentos de colorines y colorados, porque éste se ha acabado.



\* Los dibujos son de Adrián Maté